

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1958

Núm. 1070

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".  
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7-1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## LAS DOS MADRES

**R**AQUEL suspiró. Todo era desagradable. Y en nada mejoraba porque sus vecinos repitieran: «Ya te lo advertimos», con voces horrorizadas y satisfechas.

Había tratado de evitar la murmuración, corriendo apresurada para llegar la primera al pozo; el sol de aquel día de descanso apenas se había puesto cuando salió con el secreto deseo de llenar su cántaro y alejarse sin ver a nadie. Pero tenía que atravesar dos calles y cuando llegó al brocal ya todas se habían congregado allí con las lenguas inquietas, los ojos brillando maliciosamente, apenas recatados por las sombras de los velos.

—Siempre arriesgándote al admitir huéspedes...

—Una viuda no puede elegir...

—Siempre queriendo demostrar que los Zebedeos son superiores.

—Nunca habría aceptado trato con gente merecedora del patíbulo...

—Siempre había dicho que María Salomé era una mujer estúpida, ambiciosa...

—Seducida por la promesa de reinos, coronas y cosas por el estilo...

—No te librarás de la visita de los soldados...

—¿Por qué no evitaste que Juan corriera tras ese loco predicador?

—Y no dirás que no te advertimos. Quebrantaste el sábado...

—Y... ¡vaya gentes, las tuyas! los hombres que le seguían sólo eran pobres pescadores, humildes e ignorantes...

—¿Por qué no atiendes nuestro consejo? ¡Echáles de tu casa en el acto...!

Todas hablaban a la vez. Sus voces martilleaban aún en los oídos de Raquel cuando con el húmedo cántaro sobre la cadera regresaba a su casa. Si aquello, precisamente, era lo que debía hacer, ¿por qué no habría tenido valor de hacerlo la pasada noche? No podía dejarse a nadie en la calle el sábado... y el pobre Juan Zebedeo regresó a su casa en tal estado. Con él iba aquella mujer; la triste y velada mujer que permaneció todo el día sentada en el aposento del piso alto, sin moverse, sin dormir, sin hablar. ¿Qué lacerante, qué terrible dolor debe sentir una madre al ver a su hijo pendiente de una cruz? Si su propio hijito hubiera sido crucificado...

No. Una pobre mujer, viuda y sin hijos, no debe imaginar estas cosas. Y de nuevo

rechazó sus pensamientos y guardándolos en el fondo de su corazón hizo girar sobre ellos la llave de su voluntad.

Raquel se dispuso a preparar la comida; nadie podría culparla de faltar a la caridad. Pero luego les diría con firmeza:

—Os he dado techo y alimento. Ahora debéis marcharos inmediatamente de mi casa. La casa de Raquel ha sido siempre una casa respetable...

Fué en busca de aceite al patio y oyó llamar a la puerta. ¿Serían ya los centuriones?

Con alivio vio a María Cleofás con un cesto entre sus manos. Raquel la dejó pasar saludándola con un simple signo.

María Salomé salió a recibir a su visitante.

—Dios te bendiga, hermana. Has traído todo lo necesario.

Juntas entraron y Raquel las oyó mencionar la mirra y el áloe.

—María Magdalena vendrá antes del alba.

—No—se dijo furiosa Raquel—. María Magdalena, aquella mujer... era demasiado...

Una pecadora, una mujer a quien todos podían señalar con el dedo del menosprecio. Y había sido María Magdalena quien enjugó con sus cabellos los pies del crucificado y quien le acompañó con su llanto al monte de las calaveras. Y quien veló junto al madero, postrada junto a la doliente Madre. ¡No! María Magdalena no penetraría en su casa. Le impediría por todos los medios que cruzara el umbral.

Pero también Juan Zebedeo debía pensar como María Magdalena. Santiago, el hermano mayor, no había regresado a su casa desde el proceso y la ejecución. Tal vez porque estaba avergonzado de sí mismo... o bien porque lo habían apresado... Mordiéndose los labios entró en la cocina.

En el aposento de arriba halló a Juan solo con aquella extraña mujer. Los otros estaban abajo, tristemente atareados con las bandas de lienzo y especias. A la débil luz de una lámpara apenas podía distinguir el rostro de Juan y nada del de su compañera. Juan dijo:

—Raquel, nos appena haber traído a tu hogar esta pena y este peligro. Partiremos por la mañana, tan pronto sea posible.

Raquel no esperaba aquella noticia. Y

toda la indignación que latía en su pecho, todas las embravecidas frases que hubieran expresado sus hirvientes sentimientos, se extinguieron desamparadamente en su pecho dejando tras sí sólo la dolorosa impresión de un total desengaño. Repuso con voz resentida:

—No es que pretenda ser cruel con nadie, especialmente con aquellos a quienes hirió la aflicción. Si mi esposo viviera... —se detuvo sin saber a ciencia cierta en qué hubiera consistido la diferencia, pero añadió a la defensiva—: Yo también tengo mis propios sentimientos, igual que los demás. En un tiempo yo también tenía un hijo...

—Jamás nos habías dicho nada de esto —dijo Juan—. ¿Cómo lo perdiste?

—No era más que un infante. Todavía tomaba su alimento en mi pecho—dijo olvidando por el antiguo pesar su pesar de ahora—. Treinta años y aún más hace de esto. Era cuando nosotros vivíamos en Belén.

Un movimiento llegó del rincón donde en silencio permanecía sentada la otra mujer.

—Por orden de Herodes—dijo Raquel. Y el nombre fué escupido como una maldición. La terrible agonía, tanto tiempo sepultada se alzó de su tumba lamentándose, nunca mitigada, nunca consolada—. ¿Qué mal le habíamos hecho? ¿Qué daño habíamos hecho a nadie? Los gusanos roían vivo sus entrañas, decían las gentes. Quiera el Averno roer su alma hora tras hora, años tras año... Alzó sus manos al cielo y su voz fué como un grito; pero el denso silencio de aquella hora parecía reírse de su impotente rabia y Raquel prosiguió más sosegadamente:

—Los soldados, un día llegaron a nuestras puertas. Mataron a todos los pequeños del pueblo. Nunca supimos por qué. Se reían de nosotras y decían que ningún hijo de humildes lugareños podía vivir ni llegar a ser rey de los judíos. ¿Qué nos importaba eso a nosotros? Eramos gente humilde, sí, pero jamás habíamos pensado en confundirnos con reyes ni príncipes.

—Fué duro para todas las madres. Pero otras mujeres tenían muchos hijos o podían dar a luz otros. Yo no. Al alumbrar a mi niño perdí para siempre la esperanza de ser madre. Mi casa, tan vacía era terrible para mí. Mi esposo era alfarero; venimos a Jerusalén. En una ciudad el trabajo es más, hay más gente y menos recuerdos. Entonces murió. Y yo quedé sola. Sin ningún hijo que consolara mi edad, ninguna esperanza que floreciera a mi lado. ¿Cuál había sido nuestro delito para vernos casti-



gados con la muerte de nuestro único hijo?

Desde las sombras llegó la voz de la mujer:

—¡Bendita fué tu maternidad y bendito es tu dolor! Tu hijo murió a causa de mi hijo.

—¿Tu hijo....?

—¿Recuerdas un niño que nació en el hostal de Belén? ¿El hijo de un extranjero, en el año en que se ordenó el censo? Nació en el establo y su cuna fué el pesebre, porque no había sitio en el hostal.

—Si. Recuerdo algo de esta historia—dijo Raquel—. Fué el invierno antes del nacimiento de mi hijo.

—Fué después que hubo nacido, cuando los Reyes llegaron de Oriente—dijo la mujer—. Habían visto un signo en los cielos que les advertía que había nacido un niño que sería rey de los judíos, así que fueron a ver a Herodes, en Jerusalén, pensando que le hallarían allí. Mi hijo era el niño a quien los Reyes estaban buscando, y la estrella que anunció su nacimiento les precedía conduciéndoles hasta donde tenían que encontrarle. Llegaron así al hostal de Belén y vieron a mi hijito.

Juan, dijo:

—Ni tú ni El nos habiais dicho nada de esto antes....

—Pero fué así como sucedió—dijo la mujer—. El rey Herodes temía que el poder de su trono estuviese amenazado. Y al oír que el niño había nacido en Belén, envió a sus soldados para buscarle y matarle. Dios nos avisó y pudimos huir a Egipto.

—¿Dejando que sufrieran nuestros hijos?—preguntó Raquel.

—Ellos no podían impedirlo aunque lo hubieran sabido—dijo Juan.

—Morimos todos, los unos por los otros—murmuró dulcemente la mujer—, igual que el cordero inocente es sacrificado con el ara, y muere por los pecados que no son suyos. Tu hijo murió por mi hijo y mi hijo ha muerto por tu hijo y ambos son igualmente inocentes.

—¡Inocente!—exclamó Raquel. Se irguió llena de cólera—. ¿Qué pensaba tu hijo? ¿No se había ya derramado bastante sangre por su causa? ¿No podía haber aprendido ya su lección? ¿Tenía que proseguir su loco sueño de realeza? ¿Debía de burlarse de la Ley de Moisés e insultar a los sacerdotes y fariseos y soliviantar a toda la ciudad con sus absurdas ambiciones? Y.... ¿dónde lo han llavado? A la muerte más vil. A morir como un esclavo.... una muerte de galeote. En la cruz, entre dos vulgares ladrones, siendo la befa de todo el pueblo. ¡Y por si esto fuera poco, aún ha osado llegar hasta esta casa!

—¡Calla, mujer!—dijo Juan—. ¿Cómo puedes hablar así?

Pero en la sombra una mano blanca se posó sobre su brazo.

—¡Juan, Juan, serás siempre el Hijo del Trueno! Su cólera es natural y ni Dios ni nosotros podemos alzarnos contra ella. Somos nosotros quienes hemos de suplicarle el perdón.

—Bien—dijo Raquel—. Quizá no fué culpa vuestra.... y tal vez es tu amargura peor que la mía. Algunos dicen que tu hijo era bueno y que era un profeta y que el poder de Dios obraba por sus manos.

Pero sea lo que fuere, era tuyo, tu hijo; tu le amabas y ahora ha muerto.

—El mío—prosigue mansamente—no tuvo tiempo de causarme dolor, excepto al nacer. Y, sin embargo, al nacer mato mis esperanzas; su vida me costó la vida de otros hijos.... ¡es extraño, nunca había pensado esto antes...! Un ser humano puede causar la muerte de otro y, sin embargo, ser inocente, y también pueden matarle y ser inocente. Si mi niño hubiese vivido, no, no puedo imaginarlo, tal vez habría llegado a una muerte semejante... y yo sé que hubiera sido inocente. Pero también cada uno de los ladrones que penden en la cruz tenían una madre que nunca supo que viviría para romperle el corazón. En verdad, es mejor que nadie sepa nada de lo que será su vida.

—Consuélate, Raquel. Tu sabrás por la mañana.

—¡El tercer día...! dijo Juan. Levantóse a mirar por la ventana y permaneció contemplando las luces esparcidas de la ciudad. Hacia el Este la luna pascual borraba las estrellas. Raquel se volvió dispuesta a marchar.

—No necesitáis apresuraros—dijo—. Quedaos todo el tiempo que hayáis menester.

Estaba extenuada y su sueño fué pesado; tan profundamente dormía que no oyó salir a la mujer. Ni tampoco pudo saber si la hermosa Magdalena puso sus pies en el umbral de su casa. Raquel no se enteró y así sus labios no proferieron protestas por un hecho que más tarde recordaría como una bendición. Lo que la despertó fué el temblor de la tierra.

Siguió murmurando en sueños durante unos segundos y luego despertó con la aguda sensación del desastre para hallar su casa tambaleándose. Un pequeño jarro que quedó al borde de un estante saltó y se estrelló con estremecedor estallido. Apartando de sí el cobertor corrió al patio para caer en los brazos de Juan.

—¿Qué será de nosotros?—sollozó acurrucándose contra él—. La ira de Dios descarga contra la ciudad.

No temas mujer—dijo él suavemente—. La tierra está inquieta. Una terrible conmoción la estremeció el día antes de ayer. Pero no atrajo el daño. Fué a la hora novena. Lanzó un grito y entregó su espíritu y la tierra se conmovió.

—¿Qué locura es esa? No deberías decir semejantes cosas...

—Y el estremecimiento de hoy forma parte de aquella misma conmoción—continuó Juan apaciblemente—. O, quizá.... —y su voz pareció iluminarse al pronunciar estas palabras—, quizá sea una nueva conmoción. EL, de nuevo aquí.

Posó sus manos en los hombros de Raquel, tranquilizador, mientras el sordo ruido pasaba bajo las plantas de sus pies. Se acercaba la aurora rápidamente tiñendo ya el cielo y ella vió una sonrisa en los labios de Juan.

—Deberíamos subir—le dijo—. Ella está sola. Yo vigilaba junto al portal.

Cuando llegaron al aposento superior oyeron el rumor creciente del tercer temblor, que empezaba muy lejos, en el Este. La Mujer se alzó acercándose a ellos.

—Escuchad—dijo—. Es la rotura de las barreras de la muerte....

Raquel se estremeció: «Loca—pensó—, enloquecida por el pesar, pobre criatura, y dijo quedamente:

—Que Dios tenga piedad de nosotros. Se acercó a ella y le dijo, dejando que la compasión apartara de su mente la tortura del doble terror:

—Es sólo un temblor. Pasará.

Y poco tiempo después se oyó golpear la puerta, y Juan, que corría escalera abajo, y María Magdalena en el patio, con el brillante pelo rojo suelto flotando en torno a su figura, y gritando que el CUERPO había desaparecido....

\* \* \*

«Ocurra lo que ocurra—pensó Raquel—habré de hacer mis quehaceres diarios». Juan había salido apresuradamente diciendo que iba en busca de Simón Pedro y aún no había regresado. Tampoco había regresado la Mujer. Hacia ya dos horas de ello; nunca Raquel se había retrasado tanto en sus deberes domésticos. Iría a ver si los restantes huéspedes deseaban algo.

Al pie de la escalera miró hacia arriba y vió descender un Hombre. No sabía quien era ni tampoco cómo había podido entrar, porque la puerta permanecía cerrada con cerrojo. Quedose inmóvil en el último escalón, como si estuviera aguardándola. Raquel subió con toda la osadía de que fué capaz y abrió los labios dispuesta a desafiarle o detenerle. pero El habló primero:

—¡Dios te bendiga, madre feliz!

Ella dijo roncamente:

—Te equivocas; no tengo ningún hijo.

—No—dijo El—. Pero mi madre tiene un hijo que te da las gracias por tu paciente bondad con ella. Eres bendita de mi Padre y por Mí.

Extendió su mano y Raquel se sintió al instante abrumada por un indecible terror. Pero su roce sobre sus cabellos era cálido y lleno de vida y cuando pasó, los escombros y la tierra que el terremoto había esparcido sobre los escalones parecieron gemir y crujir bajo sus pies.

Con un valor nuevo, nacido de no sabía qué ignorada y fantástica convicción, cogió el borde de su túnica. El olor de la mirra llegó a ella.

—Tú lo sabes, Señor. Tú vienes de allí.... Dime, ¿está bien mi niño?

El la miró y dijo dulcemente:

—Sí, está bien.

Por DOROTHY L. SAYERS

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

....Y con la resurrección de Jesús de Nazaret, vino la confirmación plena de su doctrina y de su divinidad.

Vino al mundo y habló a los hombres de buena voluntad que querían escucharle. Les dijo cual era el camino, y donde estaba la verdad. Hizo resaltar, sobre las formas externas y los actos exteriores, el verdadero espíritu de la Ley de Dios. Y el amor y la caridad, brotando de los seres humanos aisladamente para irradiar en derredor de sí las consecuencias, fué la piedra fundamental de su doctrina.



Todo parecía extraño para quienes esperaban su aparición como un Rey conquistador de pueblos. El conquistaba las almas lo demás... sería una consecuencia.

«Mi reino no es de este mundo...»

Seguimos pensando un poco con la mentalidad de la época en que fué crucificado Jesús de Nazaret en el Monte Calvario.

Esperamos la solución de los problemas desde arriba. Que sean las leyes, y los decretos, quienes hagan religiosos y católicos a las masas, y en verdad que hoy como ayer, han de ser las almas y no los pueblos los que hay que conquistar.

No hay reforma social posible sin reforma previa de los individuos. La Ley es incapaz por sí sola de producir una reforma social seria y duradera. Es obligación del reducido número de creyentes verdaderos, de católicos ciertos e íntegros, el llevar a los demás la fé en la doctrina de la Iglesia. Hay que llegar al sacrificio económico, si es preciso, para dar facilidades a la masa trabajadora, tan apartada de Dios, para que entre por sus ojos la excelencia de un credo y la fé de una esperanza en un porvenir para después de su vida entre los humanos.

No podemos quejarnos por la ausencia de quien ha de trabajar desde muy temprano, en la Iglesia, en la Misa y Comunión de la mañana. Con nuestras leyes de trabajo les apartamos de la vida religiosa, y en consecuencia fueron enfriando sus creencias, adquiridas, tal vez, en sus primeros años de vida. Nos estamos preocupando con gran afán, de modificar su jornada atendiendo a medios económicos y de mayor producción, pero no pensamos que para el que trabaja desde muy temprano, los servicios religiosos no podrán ser atendidos. Las devociones religiosas, esas magníficas devociones que son un gran seguro para la otra vida, para la paz del espíritu, para el consuelo del que sufre privaciones, habrán de ser abandonadas, y con los años, consideradas como patrimonio exclusivo del rico y del que puede disponer libremente de sus horas.

Las leyes, la economía, la producción. Todo ello muy respetable, pero el alma

de la mayoría de los seres humanos, se la está apartando de Dios, para un mayor enriquecimiento de pocos.

Mucho me temo que la responsabilidad ante el Tribunal de Dios habrá de ser tremenda para quienes sean los responsables o pudiendo rectificar lo mal hecho, no lo hacen o no les interesa que se haga.

No sólo de algunos mandamientos, fáciles de cumplir habremos de dar cuentas a Dios.

Revisemos cuanto podamos hacer para corregir errores, situándonos para tomar esas decisiones, en el momento preciso de la muerte, momentos antes de rendir cuentas ante Dios.

No hagamos nada que nos pueda inquietar, sin remedio ya, a la hora de la muerte.

R.

### A Josefina Vilaseca

Al llegar al Vaticano el proceso de su martirio

## SONETO

Triunfo de amor, afán y juventud,  
epílogo triunfante de la fé  
tu muerte una lección constante fué  
de lo que pesa y vale la virtud.

Dor el camino angosto de la cruz,  
tu vida de pasión y amor se ve  
pisando el espinar con firme pié  
tras el lucir de misteriosa luz.

Hoy empieza a lucir la primavera,  
que ya tu nombre llena el Vaticano  
con ecos de dulzura y puro goce.

Y el mundo entero emocionado espera  
que pronuncie tu nombre soberano  
la augusta voz del Papa Pío XII.

Hermenegildo Rodríguez

## BERNARDITA DE SOUBIROUS VIDENTE DE LOURDES

EL día 11 de febrero de 1858 amaneció en Lourdes frío y triste. Francisco Soubirous, enfermo en cama, vió como se agotaba el último madero en el misero hogar. Casa sin lumbre, pobreza y frío. Faltaba leña. Bernardita y María Antonia, su hermana, pidieron salir por ella. La madre no quería: Bernardita tenía tos, podía enfermar también... La necesidad obligó a la madre a consentir, y las niñas valerosamente dejaron la tristeza del hogar y se fueron hacia el río: allí encontrarían leña y con ella el calor y el bienestar del padre.

Por el Puente Viejo llegaron al Gave, pero allí leña no había. Buscaron

por la orilla largo rato, pero inútilmente. Llegaron al canal de Savy, y tampoco. Era necesario vadearlo. Cerca de ellas, al pie de un macizo de roca, había una gruta no muy profunda, en el techo de la cual a mano derecha una abertura ovalada dejaba pasar la claridad del día. En aquella gruta había leña; las aguas del río la habían depositado en ella. Juana y María Antonia, ágiles y sanas, se descalzaron y pronto pasaron a la orilla de enfrente. Bernardita, más miedosa, echaba piedras a la corriente para poder pasar por encima de ellas, pero sus compañeras se alejaron de ella y la dejaron sola.

Iba a descalzarse, también, cuando oyó un ruido como si fuera el viento

que movía las hojas de los árboles. Volvió la cabeza, y los árboles no se movían. Continuó descalzándose y volvió a sentir el mismo rumor. Volvió a mirar hacia la roca y se dió cuenta de que en la gruta había una señora vestida de blanco, alta, bella, sublime. Bernardita quedó maravillada; creía que era una ilusión y se restregó los ojos, pero en vano. Seguía viendo a la misma dama. Enseguida sacó de sus bolsillos el rosario, se intentó persinar y no pudo. Su sobrecogimiento fué mayor entonces. Aquella señora, que tenía en la mano un rosario, la movió y se santiguó. Bernardita hizo lo propio y entonces pudo hacerlo libremente, perdiendo la turbación que la acosaba: se arrodilló y rezó el rosario en presencia de aquella hermosa señora. Terminado el Rosario, indicó la Señora a Bernardita con un ademán que se acercara, pero ella no se atrevió. Entonces desapareció la visión.

Bernardita quedó como muerta. Arrodillada sobre las piedras del canal, con los ojos fijos y el rosario en la mano la hallaron sus compañeras. A sus gritos volvió en sí y corrió hacia ellas y les contó lo que había visto, pero diciéndoles que guardaran secreto de ello. Pero a ellas les faltó tiempo para repetir a la madre Soubirous lo que les había contado Bernardita, así que llegaron a casa.

La buena mujer quedó pasmada. Llamó a Bernardita y ésta le contó lo mismo.

—¿No ves que los ojos te engañan?  
—le dijo su madre—. ¡Habrás visto alguna peña blanca!

—No—, repuso Bernardita—. ¡Tiene una cara precioso!

—¡Encomendémonos a Dios!—agregó la madre—. ¡Será el alma de alguno de nuestros parientes que se halla en el Purgatorio!

Y le prohibió terminantemente que volviera a la gruta, mientras el padre añadía por su cuenta:

—¿Vas a empezar a hacer tonterías?

Y Bernardita, antes tan alegre, desde aquel momento quedó triste y pensativa. Lloró mucho pensando en aquella bellísima Señora y durante la noche no podía conciliar el sueño: unas ansias irresistibles de volver a la gruta le acosaban, mientras sus hermanas y vecinas no cesaban de hacer comentarios, y su madre, para quitarle toda alucinación, le recitaba una sarta de ejemplos en que el demonio tomaba las formas más atractivas para engañar y seducir.

Esta fué la primera aparición, a la que siguieron muchas otras, hasta llegar al número de dieciocho. Cada una de las cuales tuvo su particularidad especial. Cada aparición producía en Lourdes una conmoción popular. Bernardita, logrado poco a poco el levantamiento de las prohibiciones de que era objeto, acudía a la gruta con más devoción y entusiasmo, y la Señora se le mostraba siempre con la dignidad de una reina y el cariño de un madre, y casi siempre le mandaba que rogase por los pecadores. En una de aquellas apariciones, la Señora le mandó que



fuera a lavarse y a beber en una fuente que le indicaba, y como Bernardita no hallase fuente alguna, escarbó un poco la tierra de la gruta y empezó a manar una fuente milagrosa que nunca jamás se ha secado.

Los comentarios populares degeneraron en violentas discusiones y controversias. A cada aparición era mayor el número de personas que acudían a la gruta para presenciar los éxtasis de Bernardita, llegándose a contar por millares los devotos que iban a ella. Este estado de cosas y de ánimo llegó a preocupar a las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles. El reverendo Peyramale, párroco de Lourdes, tomó cartas en el asunto y, después de muchos interrogatorios, mandó a Bernardita que pidiese a la Dama cuál era su nombre. El procurador imperial, Dutoir, la llamó también a su despacho y le quiso hacer prometer que no volvería a la Gruta de Massabielle; pero Bernardita le respondió que aquella promesa le era imposible, puesto que sentía en su interior una intensa inclinación a concurrir a ella, imposible de reprimir.

A cada aparición, Bernardita preguntaba a la Señora cuál era su nombre, pero ella lo callaba. El buen párroco se desesperaba, pues la sobrenaturalidad del caso, como a pastor vigilantísimo de su grey, le producía intranquilidades y zozobras, a pesar de que siempre había negado a Bernardita que fueran ciertas las apariciones.

El día 24 de marzo, Bernardita sintió nuevos y ardientes deseos de acudir a la gruta. La visión la llamaba de nuevo. Así lo dijo a sus padres. Al siguiente día, al rayar el alba, acudió llena de fe y entusiasmo a Massabielle y la dama ya estaba en la abertura ovalada, amable y sonriente. Después de algunos minutos de inmovilidad y silenciosa contemplación, la cara de Bernardita se transfiguró y sus labios iniciaron la conversación con la Señora. Al igual que otras veces, la vidente le preguntó cuál era su nombre, pero la Dama por toda respuesta le sonrió dulcemente. Al cabo de unos instantes, empero, tomando su rostro una gravedad asombrosa, extendió sus brazos hacia la tierra en ademán de dar alguna cosa y, después, levantando los ojos al cielo, levantó también las manos, juntándolas delante del pecho, y dijo:

—Yo soy la Inmaculada Concepción.

Bernardita no sabía lo que querían decir aquellas palabras y se quedó

muda y pensativa hasta el punto de preguntarle a la Dama: «Pues así, ¿vos no sois la Virgen María?». Pero aún no había pronunciado las primeras palabras de la frase, la visión ya había desaparecido, quedando sumida la niña en el más profundo de los desconuelos, pues en su mente infantil y simplista creyó de buena fe que era un alma del Purgatorio que en vida había tenido aquellos nombres que ella no comprendía.

Un nuevo sinsabor sufrió cuando el reverendo Peyramale le reprendió ásperamente al conocer que la Dama le había dicho su nombre y suponer que no lo decía porque ella ya no se acordaba del mismo. En realidad, Bernardita no lo quería decir, creyendo que era de un alma del Purgatorio. Pero la reprimenda hizo su efecto, y finalmente confesó al párroco que la Dama le había dicho que Ella era la Inmaculada Concepción.

—¿Qué asombro experimentó el buen sacerdote al oír tan interesante revelación!

—¿No habías oído nunca este nombre?—le preguntó.

—¡Nunca, señor!—contestó Bernardita,

Y entonces el buen párroco comprendió la inmensa magnitud de aquel extraordinario acontecimiento.

La Virgen María se había manifestado, y con sus apariciones extraordinarias había sublimado y exaltado el alma pura e infantil de Bernardita. Su encantadora puerilidad halló gracia delante de la Señora, la cual, de vidente la hizo confidente, y de confidente, Santa de la gloria y participante eterna de su visión, de su confianza y de su honor de Madre de Dios.

Y desde aquel instante en que el abate Peyramale tuvo la certidumbre de que era la Inmaculada Virgen la que se

había aparecido en Massabielle, Lourdes fué la ciudad famosa de la devoción mariana. Se construyó, no una capilla, como había mandado la Virgen, sino una imponente Basílica, y desde entonces millones de fieles, desde todas las tierras del mundo, han ido a postrarse a sus plantas, para dar testimonio de su piedad mariana y exaltar la humildad y modestia de aquella niña que fué mediadora entre la Virgen Santísima y los hombres. Y allí en aquel lugar, en aquella fuente milagrosa, en aquellas naves de la Basílica, y en aquella explanada inmensa, la Santísima Virgen continuamente obra milagros: los ciegos, ven; los paralíticos andan; las enfermedades se curan; y el mayor de todos ellos es que los pecadores se convierten y aman a Dios.

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

## JOYERÍA-PLATERÍA-BELOJERÍA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros' núm. 13 GIJON Teléfono 3382

## Antigua Funeraria

— DE —

## Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20

GIJON

## VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

## AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

La

## Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)